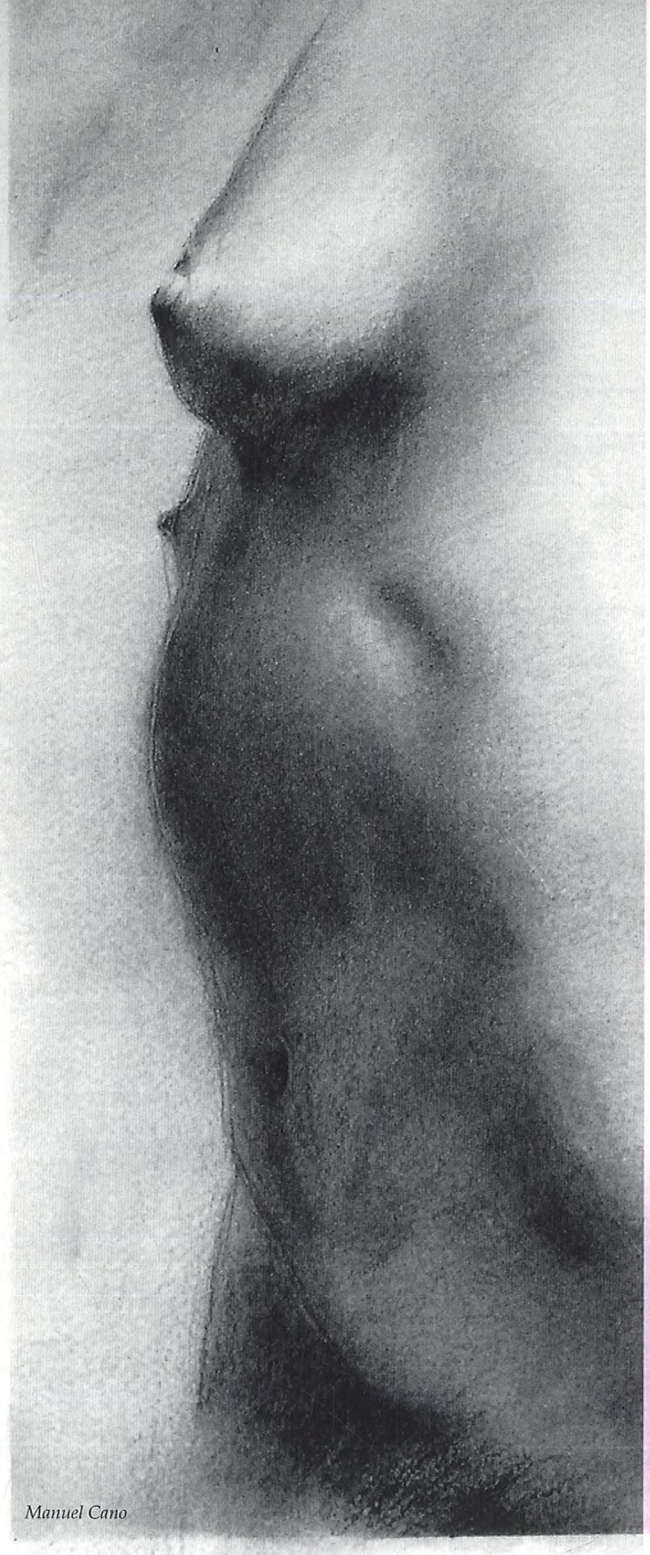
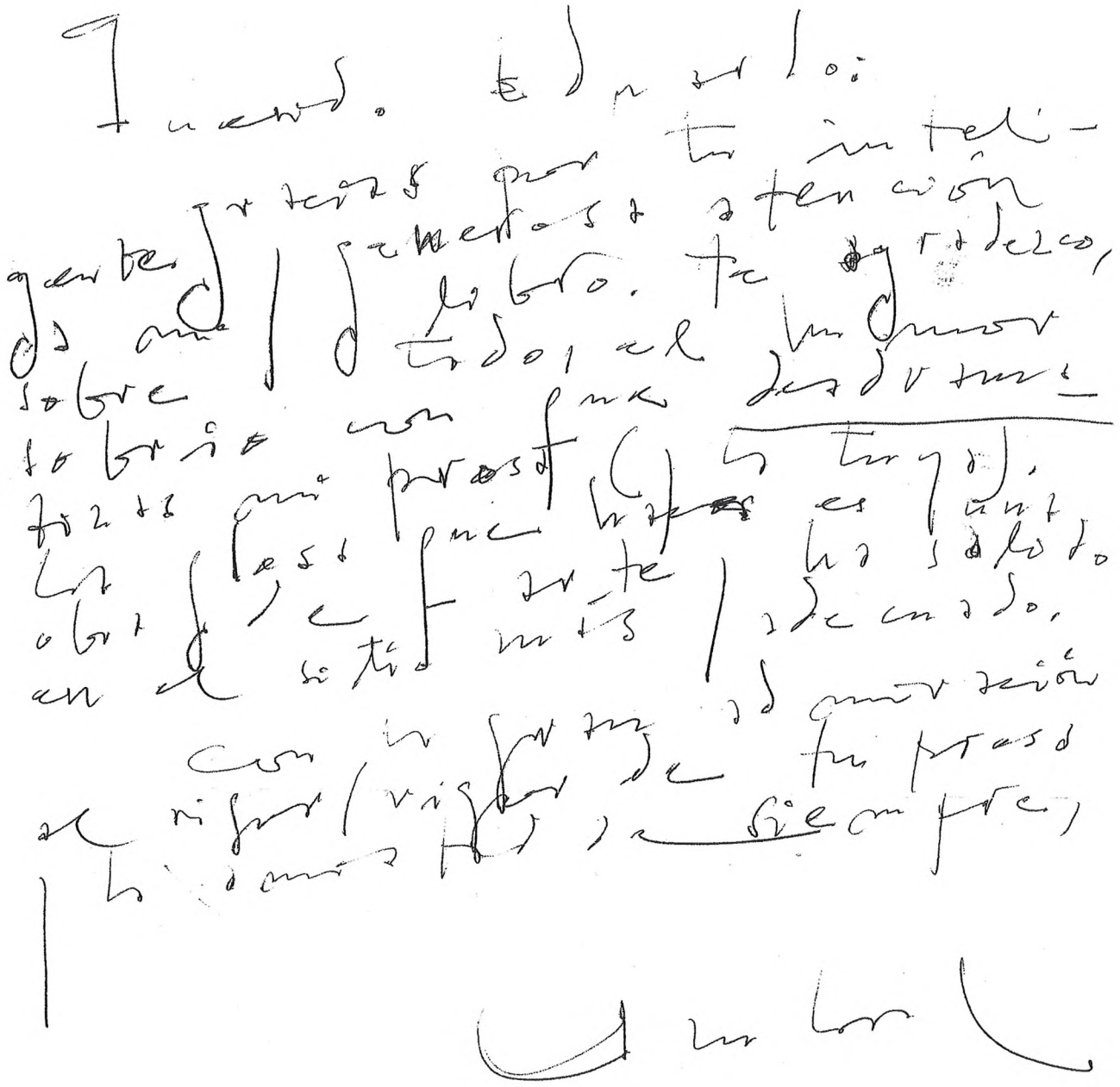


*Manuel Cano*

# *Francisco Umbral, vivo o muerto*

Eduardo Tijeras



*Carta de Francisco Umbral dirigida en 1987 al autor de este artículo para agradecer la crítica al libro* La belleza convulsa *aparecida en la revista* Cuadernos Hispanoamericanos

1

En sus artículos diarios (punteados de letra negrita, buena guía para el lector apresurado, pues según a qué autores cite ya se sabe a simple vista si vale la pena leerlo o no) este escritor en el plano periodístico no suele meterse en lo esencial de los temas, sino que busca la periferia y aspectos anecdóticos menores, una forma de "originalidad", escritor de "entornos" podríamos decir, y creo que es procedimiento deliberado, el "estilo sementera", que siempre cultivó bien, con una emoción que ya no se lleva, salvo en sus imitadores legítimos. Seguramente sospecha que cuando en la lectura del periódico se llega a él, o sea, a la contraportada o última página, ya se ha dicho todo lo importante en política y grandes acontecimientos de actualidad en los que la mayoría hoza. Sin embargo, imposible negar que a veces coge el toro por los cuernos y crea una imagen imperecedera.

De todas formas, un artículo diario, y digno, es cosa de mérito, no por lo que se escriba, sino por la capacidad de superar las desavenencias del día, la solvencia del medio y poder escribir cualquier cosa en la seguridad de que tiene cabida. Por encima de las facturas, las incidencias cotidianas, las enfermedades, los compromisos y los mil engorros insoslayables, rutina, ruidos, aburrimiento, gestiones, fastidios, sacar el artículo diario rigurosamente (casi siempre más de uno, y novelas o cosa parecida) supone una voluntad firme y una gran capacidad. O es que lo hace con una fluidez pavorosa digna de un mecanismo gratuito quizá liberado de escrúpulos. Se ha dicho que "escribe como mea".

También influyen mucho la costumbre y la obligación. Saber que se tiene que realizar ese cometido por compromiso, contrato y lugar seguro en los papeles ya es una predisposición importante que comporta ciertos automatismos y registros que no se hallan tan activos en otro individuo ajeno al mismo compromiso. Muere por ejemplo el poeta Leopoldo de Luis —ejemplo coyuntural, y dolido— y le dedica un comentario bello sin duda en el que habla de la muerte como hecho genérico y del otoño que está en la ventana (giro de Machado), pero llegamos a saber poco del poeta como tal, salvo que anduvo por el café Gijón. Ya se encargará de eso la crítica espesa y peñazo, subordinada, ya sacará los papeles del estante para estudiarlos mediante el empleo del tiempo y la paciencia sin gloria, lo cual es impropio de la literatura cotidiana, ésta puede ser lírica y también deleznable y contradictoria. Curiosamente en ella, breve, se refugia más poesía y adjetivación que en un tratado de filosofía. Eso debe de obedecer a los límites del medio y a que no se tiene realmente mucho que decir. Y las buenas metáforas son el índice exterior del "buen escribir" para el mediocre juicio popular aburguesadito que se conforma con el periodismo y desdeña la verdadera categoría de las fuentes.

## Riña de vecinos

Arturo Pérez-Reverte le hace una crítica bastante dura (*EL Semanal*, 27-11-05) y dice también que nunca tuvo nada que decir: "Incultura camuflada bajo la brillante escaramuza del estilo. En realidad nunca tuvo nada que decir". Y lo emplaza para que conteste, "si tiene huevos". Ya antes lo había insultado de manera algo tremebunda el antropólogo Julio Caro Baroja llamándolo "imbécil solemne" e "idiota", entre otras lindezas (*Cambio 16*, 4-2-93). Dejando a salvo su "palmarés literario indiscutible" (va en perjuicio de la Real Academia Española que no lo haya admitido todavía), un lector vasco expresó la "más absoluta repulsa al frívolo e inoportuno artículo" escrito por el columnista a la muerte de Loyola de Palacio (*El Mundo*, 18-12-2006).

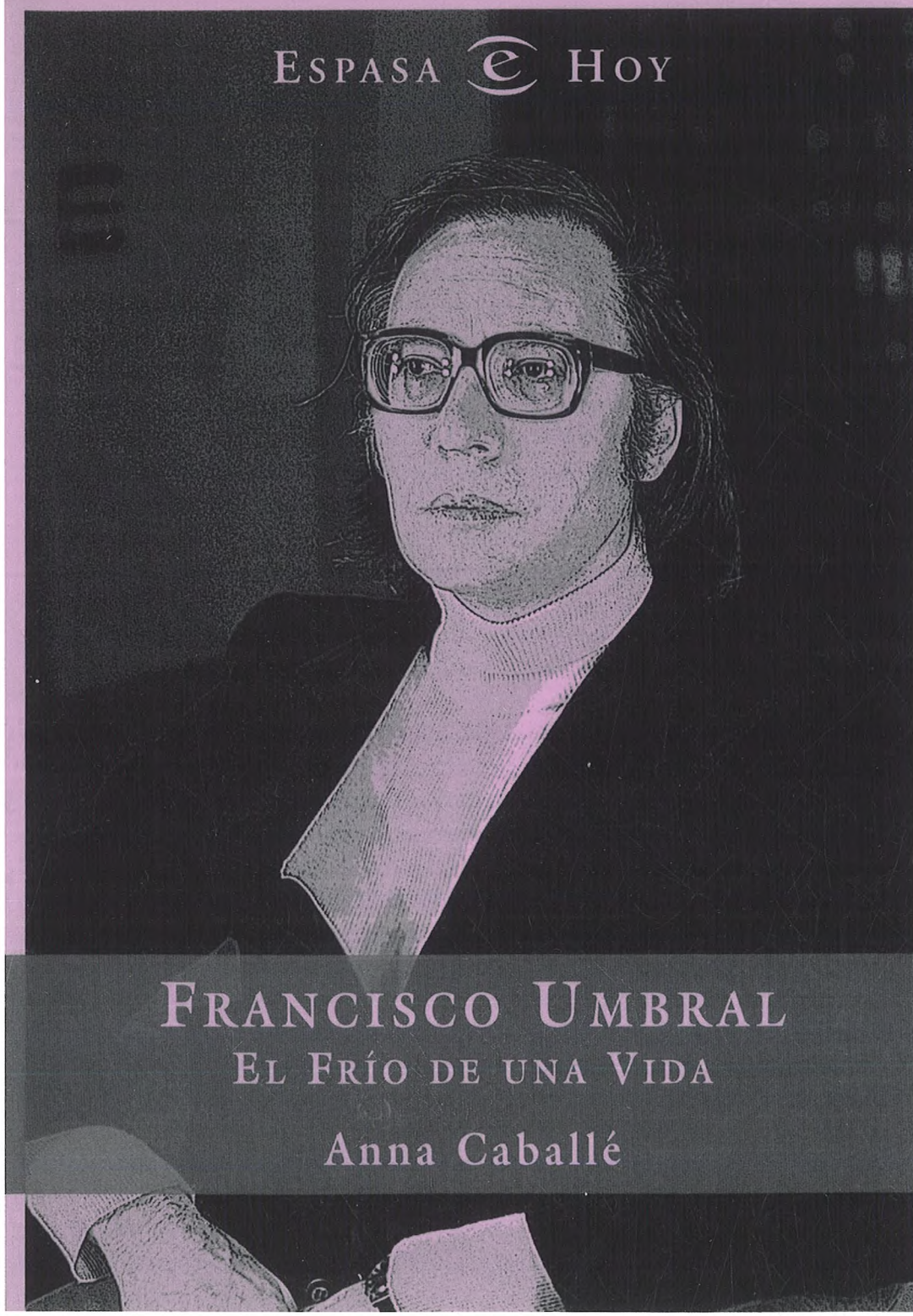
En su novela *El Giocondo*, poblada de noctívagos orgiásticos, artistas, homosexuales, lesbianas y camioneros de contraste, la *bohemia* madrileña, sacó entre otros muchos a un personaje andaluz aficionado al flamenco apodado la *Piñón*. Por una de esas remotas idioteces de la vida, el escritor Fernando Quiñones se dio por aludido y su indignación no tuvo límites, de

manera que a la menor oportunidad (cócteles, cafés y otras reuniones) se dedicaba a zaherir a Umbral y en una ocasión, que yo sepa por estar presente, intentó agredirlo físicamente, sin desdeñar tampoco la posibilidad de fomentar un escándalo literario como medio de promoción (en el transcurso del tiempo creo que lograron confraternizar de nuevo, y Umbral se quejaba, con razón, de que la respuesta del presunto ofendido no se planteara en el mismo plano literario que él había empleado, la escritura).

Naturalmente estas expresiones adversas se consignan porque constituyen excepción; en realidad y en términos generales se trata de un escritor mimado, sin perjuicio de haber sufrido como la mayoría el malditismo de los principiantes y una infancia y paternidad difíciles (ahora cuenta mucho su posición preeminente en un periódico principal, y hoy mismo el solvente filósofo José Antonio Marina declara que quiere o tiene necesidad de "releerlo", como quien retorna la mirada a un clásico: esperemos no le pase lo mismo que a Papini y Pessoa con sus ídolos de la infancia, o a cualquiera más inmediato con las películas del *western* americano).

Francisco Umbral (apellidado Pérez Martínez, nacido en Madrid, 1932) nunca cita el nombre de sus contrarios y, si contesta, lo hace indirectamente con alusiones veladas que sólo captan tres o cuatro avisados y no comprometen, pero evidencian una cierta capacidad de rencor. El buen hombre no da pábulo a que otros más insignificantes brillen a su costa. Pérez-Reverte, que se ha echado encima el pesado fardo de reinventar la historia, aparte de haberse dado el gusto de escribir como el que escupe por un colmillo apoyado en el mostrador de una taberna del desierto, lo tacha de bajuno, cobarde, plagiario, superficial y frívolo. Bastante, demasiado, ya que proviene de un autor con éxito de ventas y no de un miserable que emborrona cuartillas o del típico fracasado que envenena lo que toca con su resentimiento. Eso Umbral lo resuelve con dos apostillas secretas jamás relacionadas con el tema directo del ataque. Astucia y distanciamiento. Otros lo llaman "elegancia".

Claro que luego llegan los guerrilleros de *La Fiera Literaria*, que es una especie de monomaníaco boletín-*tsunami* de la crítica literaria (lástima que escriban con seudónimo, podría ser un factor de descrédito) y en otro orden dictamina que la "concepción en Pérez-Reverte del género novelístico" aparece "obsoleta y sin imaginación creadora ni originalidad", mientras "en lo que sí lleva razón [Pérez-Reverte] es en señalar el analfabetismo de Umbral, sus citas de segunda mano y su bajeza moral. Como su maestro


ESPASA HOY
FRANCISCO UMBRAL
EL FRÍO DE UNA VIDA
Anna Caballé

Cela, otro cínico, solamente podría haber sido tomado en serio en una monarquía cocotera" (M. García Viñó: *"El País", la cultura como negocio*. Txalaparta. Tafalla, 2006).

## Acabar con Freud

Por otra parte, hablar mal de Umbral no es tan herético como algunos pretenden, ya que él mismo se permite el lujo de echar pestes, entre otros, sobre Baroja, Gironella, Freud. A éste le llamó con castizo aire zarzuelero y de corrillo de pueblo "don Segis" al desestimar toda su obra, psicoanálisis incluido. "A la mierda con Freud", escribió al principio de *Mortal y rosa* (el título de libro tan famoso sale de un verso de Pedro Salinas). Bien. Si Freud no fuera "sólo" el inventor del psicoanálisis, habría que considerarlo uno de los grandes escritores del siglo XX. Mandar a la mierda a Freud y calificar de "bujarroncete" a Platón, entre otros muchos pintoresquismos, no le impide luego teorizar sobre los sueños y el tiempo creyéndose que inaugura una nueva epistemología. Negar a los creadores y los antecedentes universales de la cultura es una soberbia tonta.

Umbral en realidad debe su "importancia", cuando adquiere carácter masivo literario-periodístico, a dos "señoritos" del periodismo enemigos o rivales entre sí, J.L. Cebrián y P.J. Ramírez. Algo mimético, el reciclado con fortuna L.M. Anson, venciendo antigua enemistad, también quiso echar su cuarto a espadas, lo contrató efímeramente para *ABC*, y en otro momento escribió con cierta exageración que "entre los cuatro o cinco grandes escritores del siglo XX está Francisco Umbral". Seguramente quiso referirse a la esfera doméstica española y no a la literatura del mundo, y si es así sobra lo de "siglo XX". Estas aseveraciones, casi "desplantes" a favor o en contra diría yo, mueven a participar en el juego. Cebrián y Anson, ex directores de periódico, son académicos de la Española. Quizá falta Ramírez para completar el trío del periodismo académico.

En medio de la ojeriza profesional y política han crecido estas plantas. Antonio Umbral y Francisco Gala (*sic*, N. de la R.) son dos "casos" de la papanatería ambiente, de la "imagen" que vende, cordial y entrañablemente dos auténticos pelmazos necesarios (la pesadilla del "pelmazo distinguido", culpa servil de papanatismo y mímesis, el pelmazo

ilustre que no se hace, sino que *lo* hacen y se organiza involuntariamente en el "perseguidor" de toda la buena gente crédula), ya que circulan dentro de la normalidad institucional, puntúan el *establishment* y sin embargo aparecen como excepciones irrepetibles. Igual a ellos puede haber cien sujetos en España, pero que no han tenido la misma oportunidad, carisma, rampa de lanzamiento, pretensión, suerte o ¡ganas!. ¡A ver si todo el mundo va ahora a poder o querer escribir en los periódicos! Por tanto, aquí se defiende un poco arbitrariamente —faltaría más— la legitimidad del resentido envidioso precisamente *insano*, que al mismo tiempo es buen lector y *sabe* y es también necesario. Planteado de esta forma, el mundillo literario es deleznable y, precisamente, sometido a notorias condiciones extraliterarias y singulares.

El sentido del humor de Umbral es flexible y ello le permite presentarse unas veces como "rojo" puro pero muy *dandy* (sin vicios, eso sí, salvo los de la vanidad ambiente y la invencible egolatría) y otras como perteneciente a una derecha especial y pícara, cínica, burlona, sin perjuicio de vanagloriarse hasta de haber plagiado descaradamente, siempre después de haber sido descubierto el plagio, claro, como el caso de un periódico de la competencia que se tomó el trabajo de demostrar palpablemente y a toda plana el saqueo de Umbral efectuado en la novela *Madrid, de corte a checa* de Agustín de Foxá. Los amantes de esta práctica, generalmente localizados entre los culpables, arguyen: ¿no lo hizo Cervantes? ¿Quién no plagia? Ellos no van a ser menos. Y no hablamos del plagio por contaminación o inconsciente, constitutivo de todo escritor, sino del plagio literal.

Las contradicciones a veces provienen del dinamismo natural de los tiempos y la frecuentación cuasi abusiva que estos polígrafos consentidos hacen de los *media*. Umbral se pasó gran parte de su vida menospreciando a quienes él llama "los Laínes" (intelectuales fascistas o gente de derecha representados en el imaginario de Umbral por Pedro Laín Entralgo, que dicho sea de paso es uno de los grandes escritores científicos y neohumanistas europeos y este valor no lo desvirtúa ningún pasado político, como tampoco se desvirtuó por ejemplo el de Pessoa al defender la dictadura militar de su tiempo o el de Neruda ensimismado en otro tipo de dictadura). Bastó que el director del periódico donde trabaja Umbral —su aguerrido y equilibrado "señorito" Pedro J. Ramírez— obtuviera con justicia el internacional premio Montaigne, antes también

ganado por Laín Entralgo, para que el autor de *Descargo de conciencia* ya pasara a ser en la prosa a veces acomodaticia y lista de Umbral el "maestro Laín". El hecho de que su "señorito" de turno tuviera ese antecedente supuso un altísimo honor al que se ligó la "reivindicación" de Laín.

Lo molesto es que Umbral no llegara a respetar a Laín por sus propios valores antropológicos, sino que sólo respondiera al pragmatismo dictado por la conveniencia burocrático-periodística, lo cual desvirtúa un poco determinados grados de independencia. Como ocurre casi siempre, la masa pseudoculta no pierde puntada de lo superfluo y a cambio no sabe una papa de la importante incursión de Laín Entralgo en el humanismo científico.

## El "estilo sementera"

En resumen, publicar artículos todos los días durante decenas de años puede resultar una tarea apasionante y exclusiva, pero también sin duda podría ser deleznable y contradictoria que probaría el relativismo conceptual de cierta clase de periodismo. Es decir, que si a Umbral se le puede criticar con frecuencia negativamente es por razones estructurales y de circunstancias. Otra cosa es pedir peras al olmo (aunque pensándolo bien, todo se andará). Lo mejor de Umbral es el "estilo sementera" y, aunque ya hace bastante tiempo que murió el general Franco, el *franquismo*, sinónimo de dictadura y longevidad ominosas, y quedó derogada la censura, de vez en cuando y en circunstancias sentimentales nuestro hombre pone en práctica ese estilo poético, dolido, ancestral y entonces es cuando parece recuperar su verdadero antiguo encanto de escritor. No obstante, Umbral tuvo problemas con la censura franquista.

Cabe desear con fuerza que su salud física y su productividad literaria sean óptimas y duraderas y triunfen de preocupantes internamientos hospitalarios a fin de que podamos seguir sintiéndonos estimulados de alguna manera cada mañana con su principal mérito decantado: el azote del tópico, la frescura, la ligereza e improvisación plausibles y alguna que otra metáfora lírica deslumbrante y desenfadada, aparte de que aún pueda reunir excelentes ánimos para retratarse desnudo con gallardía de maniquí en un horrible sillón de mimbre, fiel al imperativo de crearse imagen y, en consecuencia, publicar la foto.

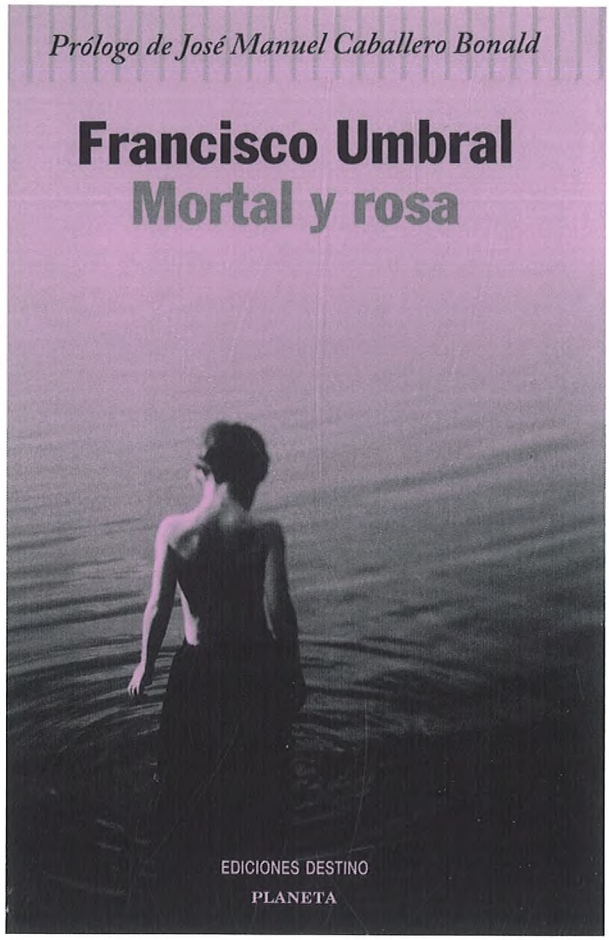
2

***Posdata.*** Estas impresiones, apenas hace falta advertirlo, fueron redactadas y eventualmente archivadas para libro antes de la prematura muerte del siempre controvertido Francisco Umbral, acaecida a finales de agosto de 2007, relativamente joven, 75 años. El problema ahora consiste en saber hasta qué punto la emoción de la muerte y su avasallador efecto consagratorio y catártico —porque ya se trata de sentenciosas palabras mayores e irreversibles— inhabilitan lo escrito más arriba, que cronológicamente pertenece al mundo vivo, parcial, dinámico y desinhibido de la polémica literaria, su intrahistoria y su posibilidad de réplica, sin el ungüento que toda tragedia de muerte libera y que a veces produce juicios extremos e ingenuas comparaciones excluyentes.

## "El mejor escritor de periódicos"

"Los lectores de varias generaciones saben que Umbral ha sido el mejor escritor de periódicos contemporáneo —expresó Pedro J. Ramírez—, probablemente el mejor de la historia del periodismo en lengua castellana". Tras el comprensible ditirambo, Ramírez invitó a cien escritores a colaborar en la columna de Umbral como una manera de prolongar la exaltación del recuerdo y rendirle homenaje en su mismo rincón consagrado. La última en acceder a este *sancto sanctórum* del periodismo popular fue la propia esposa del escritor, también secretaria de última hora, España Suárez, hoy María España, con un buen artículo cargado de sentimiento y sencilla belleza nostálgica. Esposa, secretaria y protagonista de su obra póstuma, *Carta a mi mujer*, editada por la Esfera de los Libros, que pertenece al mismo grupo publicista que impulsa toda la trama y cuyo lanzamiento habrá de coincidir con otro gran homenaje largamente anunciado por el periódico de también gran circulación *El Mundo* y en vísperas de elecciones generales.

En la memorística del buen escritor no sólo influye el hachazo de la muerte, la infancia dura de hijo de madre soltera y padre desconocido, o lejano, la muerte del único propio hijo concebido, cuyo trasunto, *Mortal y*




*rosa* ,[1] es por consenso el mejor libro salido de su Olivetti, la modesta *Pluma 22* portátil que muchos de la misma generación machacamos a falta de cosa mejor, sino la buena voluntad de determinados patrocinadores. Por tanto, la cuestión, en medio del natural conmovido énfasis propiciado por las honras fúnebres, queda pendiente como ulterior compromiso y acaso como deuda digna de ser tocada a fondo el espinoso tema de las valoraciones, lo cual podría comportar serio compromiso.

El hecho de la muerte ha de variar sensiblemente los juicios emitidos en el calor de la polémica cotidiana cuando cualquier finta tenía —tesoros que se pierden— posibilidad de réplica y contraste. Variar sensiblemente los juicios, en efecto, pero no hasta el extremo de perder cualquier resto de objetividad o de crítica no siempre alimentada en el terreno cenagoso del amor a ultranza, ni de negar por completo los descalabros del pasado o cualesquiera apreciaciones discordantes.

---

1 Mi edición de *Mortal y rosa* (Destinolibro) es de 1979. Aunque no la he tenido en las manos, sé que entre las otras varias existe una con prólogo de J.M. Caballero Bonald. Hace más de treinta años (es pavorosa la facilidad con la que ya manejamos las décadas), cuando yo en conversación citaba a Umbral, el autor de *Dos días de setiembre* con su peculiar sentido del humor me preguntaba bromeando: "¿Quién es?". Hay cosas que progresan para bien. Y seguro estoy de que el mentado prólogo es exquisito y asume el último tono que desearíamos recordar mejor de Umbral, ese tono grave, melancólico, reflexivo e iconoclasta que se intensificó en su petrificada paternidad. El tono que emerge limpio en la turbulencia pragmática de los días con sus equívocos y servidumbres.

Umbral ha de quedar sin duda como un prolífico escritor dotado de extraordinaria voluntad de estilo, original, dolido, fustigador de tópicos, capacitado tanto para el esperpento como para el rasgo poético y los juicios de síntesis. Su mérito principal quizá consistiera en mantenerse leve, ocurrente, trabajador y mundano en medio de una personalidad realmente asediada por el desasosiego, la mala salud, el exceso o desvarío de estimación propia, la automitomanía y el dolor del ser. Falta sedimentar todo eso en el discurrir del tiempo quevediano, ese tiempo que ni "vuelve ni tropieza" y que sólo se quiebra frente al impulso incógnito que albergue la posteridad en sus casi siempre extraviados pero solemnes vericuetos. Por oposición de lo irreversible no hemos abandonado aún el aura de la inmediatez, y esos amigos, colegas o conocidos a quienes no se les ve todos los días y se mueren, parece que siguen yendo todavía al café tertuliano de la tarde madrileña.

## Biografía relevante

La profesora Anna Caballé, que es de las que se meten sistemáticamente en un inmenso barullo de entrevistas, archivos, registros civiles, viajes y pasión por el objeto de su desvelo, le dedicó un importante estudio de cuatrocientas páginas subtitulado *El frío de una vida* (Espasa Calpe, 2004), término que trasciende el frío físico que experimentaba el autor en vida por otro frío ya de carácter sociocultural y psicosomático. Es una magnífica biografía sobrada de buena documentación y objetividad que cumple con todas las prerrogativas sustituyentes de aproximación decidida a un escritor que hasta ahora sólo ha vivido en un acuerdo de aprobación general afectiva o polémica no precisamente analítica. La sagacidad y esforzamiento de esta profesora de literatura en la Universidad de Barcelona son tan minuciosamente exhaustivos y carentes de beatería que Umbral tendría que haberse trasmutado en algo así como Cervantes o Shakespeare para mayor justificación de esa amplia mirada crítica que cubre todos los huecos y se constituye en paradigma de una vida que ya sobrevuela la pedestre cotidianidad.